

Notas sobre la etimología de los numerales bereberes

Notes on the Etymology of Berber Numerals

José Andrés ALONSO DE LA FUENTE

Universidad Complutense de Madrid

ocitartson@hotmail.com

Recibido: mayo 2005

Aceptado: octubre 2006

RESUMEN

El objetivo de este artículo es analizar las etimologías de los numerales (líbico-)bereberes presentadas recientemente por Václav Blažek y demostrar que la relación entre las lenguas líbico-bereberes y semíticas, pese a descender ambas de un supuesto tronco común (el protocamito-semítico), no es tan obvia, al menos en lo que respecta al sistema numérico original.

PALABRAS CLAVE: Lingüística histórica, numerales, lenguas líbico-bereberes, guanche.

ABSTRACT

The main goals of this paper are to analyse the etymologies of (Lybian-)Berber numerals recently presented by Václav Blažek and to demonstrate that the relation between the Lybian-Berber and the Semitic languages is not sufficiently self-evident—at least as far as it concerns the original numerical system— even though both are said to be descendants of a common ancestor (namely, proto-Hamito-Semitic).

KEY WORDS: Historical Linguistics. Numerals. Libyan-Berber languages. Guanche.

SUMARIO. 0. Introducción. 1. Cuestiones metodológicas. 2. Numerales bereberes. 3. Numerales guanches. 4. Conclusiones. 5. Bibliografía.

0. INTRODUCCIÓN

El acto de contar es uno de los acontecimientos más determinantes en la historia de la humanidad. Lo que ahora no es más que un hecho cotidiano, hace algo más de seis milenios motivó la aparición de la escritura, y con ella, de la modernidad tal y como hoy la entendemos. De hecho, el universo de los números es patrimonio exclusivo del hombre, que incluso dota de personalidad a las lenguas diferentes lenguas que éste habla. En efecto, los números aportan un “sello de identidad” lingüístico, en tanto en cuanto que diferentes grupos de lenguas pueden ser caracterizados según la disposición de sus numerales en el entramado gramatical. Y es que sólo es necesario echar un vistazo al inventario numérico de una lengua cualquiera para reconocer en ella a un miembro de la familia semítica, indoeuropea, urálica, túrcica, drávida, tungusa, mongólica, esquimal-aleuta o (y)uto-azteca.¹

En una reciente publicación,² Václav Blažek (a partir de ahora abreviado VB)³ propone nuevas interpretaciones y etimologías para los numerales de diversas lenguas, entre ellas las (líbico-)bereberes.⁴ Básicamente, el autor opina que éstos son o bien un préstamo de las lenguas semíticas o bien el claro resultado de una serie de procesos internos de carácter secundario.⁵ Sin embargo, a continuación se intentará demostrar que ninguna de estas posibilidades resulta convincente, no porque sea imposible, sino porque los planteamientos del autor no son todo lo exhaustivos que una disciplina como la lingüística histórico-comparativa exige.

La importancia del trabajo de VB radica en el hecho de que las implicaciones de emparentar el sistema numeral bereber con el semítico son enormes, porque, en el caso de demostrar la vinculación genética entre ambas familias, se avanzaría en la etimologización de raíces semíticas y B y, lo que es más importante, se recuperaría un rasgo cultural ciertamente valioso a una etapa de comunidad pbereber-semítica de datación ciertamente

¹ Por supuesto, existen casos documentados de préstamos entre los numerales. Sin embargo, esto afecta casi siempre a una unidad, a dos o a tres, pero no a todo el sistema, por lo que la integridad del mismo se mantiene intacta. Y en el caso extremo de que incluso se tome el sistema (vigesimal, decimal, etc.), siempre hay rastros y evidencias que permiten reconstruir el sistema original.

² Cfr. Blažek (1999), así como algunas revisiones del mismo ya publicadas en De Vaan (2000), Kurzová (2001), Bakker (2001) o Knobloch (2000). Mención aparte merece Napolskikh (2003) cuyo objetivo es, al igual que el de este trabajo, analizar un único apartado, concretamente el de los numerales urálicos.

³ Se usarán las siguientes abreviaturas: p = proto, B = bereber, S = semítico, CS = camito-semítico, E = (antiguo) egipcio, G = guanche.

⁴ Zaborski (2006, pág. 35) explica que: “Berber is spoken in north and northwest Africa from the Siwa oasis in Egypt to Morocco and Mauritania and in Mali and Niger further south, up to the Guanche population of the Canary islands. *The name Libyco-Berber, found specially in French publications is misleading, since the so-called ‘Libyan’ inscriptions (actually mostly from today’s Tunisia) are in older Berber which, although know to a limited extent since most of the inscriptions are epitaphs, cannot be opposed to the rest of Berber as a separate branch*” [énfasis de JAAF].

⁵ Esta solución implica que para VB los numerales son tan antiguos como la lengua reconstruida (quince mil años en el caso afroasiático, mucho menos en el caso B), pese a que el lenguaje humano articulado pudo haber comenzado hace cien mil años. Por lo tanto, ¿hemos de suponer que el hombre no utilizaba por aquél entonces números? o ¿es que comenzó a plasmarlos en la lengua en tiempos tan recientes como VB opina? o ¿es qué quizás el hombre reelabora el aspecto formal de los numerales cada cierto tiempo?

antigua,⁶ que obligaría a reelaborar ciertos aspectos de la hipótesis camito-semítica, si es que ésta al final resulta ser válida.⁷ Si por el contrario se demuestra que dicha relación es casual y no genética, se estará avanzado igualmente, puesto que así podrá determinarse la realidad geolingüística de la zona norteafricana en un periodo prehistórico que por lo general no ofrece marcos de trabajo sencillos.

Antes del análisis lingüístico es pertinente aclarar ciertas cuestiones metodológicas que afectan por igual al trabajo de VB.

1. CUESTIONES METODOLÓGICAS

1.1. *La (macro)familia camito-semítica.* Aguerrido defensor de las comparaciones a larga distancia –en inglés “long-range comparison”–, VB da por aceptada la existencia de la macrofamilia CS, entre cuyos miembros se cuentan las familias semítica, cušita, čádica, omótica, egipcia y la propia bereber.⁸ Sería impropio de este trabajo, por objetivos y espacio, discutir la validez o no de esta macrofamilia. Quede dicho, no obstante, que no es *communis opinio* entre la comunidad científica.⁹ VB debería al menos advertir acerca de la

⁶ Militarev (2000, pág. 303) opina que la familia B se remonta a la primera mitad del quinto milenio, mientras que el semítico lo sitúa a comienzo del cuarto. Aunque Militarev ha elaborado este modelo mediante la aplicación de la lexicoestadística, es generalmente aceptado que el B es más arcaico que el S.

⁷ Joseph H. Greenberg las denomina “Afro-Asiatic”, mientras que Igor M. Diakonoff “Afrasian” (del ruso *афразийский*). Por su parte, los más classicistas siguen defendiendo la denominación “camito-semítica” o “semitocamítica” (sin guión separador), cfr. Voigt (1999, pág. 323 n 2). Para evitar las posibles connotaciones étnicas que estos dos últimos términos revisten (sobre todo por lo de “camita”, de Cam, por vez primera mencionado en el Gen 10,6, y que de acuerdo con algunos autores viene a decir algo así como ‘todos los africanos que no son semitas’), Tucker y Bryan (1966, pág. 2) propusieron la denominación “Erythraic”, pero sin mucho éxito. Dolgopolsky (1999, págs. 11-2), a favor del término “camito-semítico”, hace bien en señalar que hoy en día nadie se escandaliza con la denominación *indoeuropeo* (debería añadirse la alemana *indogermanische*, peor aún si cabe puestos a señalar favoritismos para con un pueblo u otro). Además, puntualiza que los términos “afroasiático” o “afrasian” pueden inducir a errores, sobre todo cuando el primero se emplea en otros contextos como “Afro-Asiatic countries” o “Afro-Asiatic solidarity”, que hacen referencia a todos los países de los continentes africano y asiático, equivocando así la homónima designación del campo lingüístico. Kaye y Daniels (1992, págs. 430-2) se muestran por su parte más condescendientes y opinan que debe ser “afroasiático” el término a utilizar porque varias revistas especializadas hacen uso de éste. De nuevo, el caso indoeuropeo es manifiesto: todos los especialistas coincidirían en que *The Journal of Indo-European Studies* e *Indogermanische Forschungen* tratan exactamente del mismo tema, es decir, de lingüística indoeuropea, por lo que el título de las revistas no debe constituir prueba a favor o en contra de la utilización de uno u otro término. En la bibliografía española no hay discusión alguna sobre esta cuestión, tomándose por defecto el término de la obra que se consulta. En este artículo se abogará por la denominación “camito-semítico”, entendida por todos los especialistas y mucho más precisa que la de “afro-asiático” o “Afrasian”. No obstante, Zaborski (2006: 35) hace bien en aclarar que “[...] the concept of ‘Hamitic’ languages and of ‘Hamitic’ peoples has been rejected decisively by both linguists (first of all Marcel Cohen) and physical as well as cultural anthropologists”. Por supuesto, aquí no se defenderá la resurrección de aquellos conceptos casi medievales. Simplemente se defiende una terminología de amplio uso que resulta inequívoca.

⁸ Zaborski (2004) y (2006, pág. 35) discute que las lenguas ari y hammer y los grupos banna y mao no son de origen omótico, mientras que el wollano, yem (o janjero) y kafa pertenecen a la rama occidental de la familia cušita, de tal modo que la llamada familia “omótica” como tal no existe.

⁹ Manaster Ramer (1993, pág. 214) comenta al respecto: “[t]o be sure, few responsible scholars would deny the unity of this family, yet most of the work on it deals with the individual branches such as Cushitic, Semitic, Chadic, Berber, Omotic, etc., essentially as though they were separate language families”. Cfr. igualmente Kaye y Daniels (1992) para una introducción general. Bynon (1984), mucho más positivo, es una consulta obligada para comprobar el trabajo interdisciplinario llevado a cabo.

situación real por la que atraviesa la “hipótesis CS”, sobre todo cuando el pilar de su trabajo es la reconstrucción de un sistema numeral CS que supuestamente ha pervivido íntegro en las lenguas B y S, o a partir del cual al menos es posible observar en éstas alguna evidencia indirecta, por ejemplo etimologías paralelas, internas o préstamos, del sistema original.

La complicada situación de esta macrofamilia se debe a que un elevadísimo porcentaje de las lenguas descendientes no poseen descripciones gramaticales. Andrzej Zaborski, un defensor de la unidad genética CS, reconoce que por ejemplo la mayoría de las lenguas čádicas nos son desconocidas, aún cuando, por lo poco que se sabe, éstas retienen una cantidad ingente de arcaísmos. El mismo grado de desconocimiento se detecta entre las lenguas cušitas, beréberes y las omóticas, dejando como únicos exponentes válidos para la reconstrucción a las ramas semítica y egipcia. Igualmente, Zaborski comenta que ni siquiera la descripción de correspondencias fonéticas para el pCS es completa, y que todavía, con seguridad, se descubrirán nuevos patrones fonéticos válidos para la comparación.¹⁰ Una consecuencia de las más que obvias dificultades para afrontar el estudio diacrónico de estas lenguas viene dada por el hecho de disponer al menos de cinco reconstrucciones distintas, en algunos puntos radicalmente opuestas entre sí, lo cual se antoja determinante para descalificar la propia hipótesis.¹¹ Siendo esta la situación, resulta cuando menos intrigante saber por qué VB no advierte al interesado de esta problemática. Si lo que pretende VB es precisamente restituir un sistema antiquísimo común al B, al S y a otras lenguas del norte de África, pero resulta que el contexto para que dicho sistema funcione no existe, ¿cuál es el valor final de las propuestas de VB? Eso es lo que se intentará responder en líneas siguientes.

1.2. *Las lenguas (líbico-)bereberes*. Las lenguas B¹² son habladas en la actualidad por algo más de quince millones de hablantes repartidos a lo largo de diferentes países norteafricanos como Marruecos, Mauritania, Argelia, Níger, Chad, Túnez, Libia o Egipto.¹³ Su vinculación genética con los extintos dialectos guanches, hablados exclusivamente en las Islas Canarias, es indiscutible,¹⁴ aunque el parentesco genético no sea evidente de forma inmediata.¹⁵ Asimismo, las lenguas codificadas en los textos de escritura líbico-bereber¹⁶

¹⁰ Zaborski (2006, pág. 36).

¹¹ Cfr. entre otras Takács (2001), Diakonoff (1988) y (1992), Ehret (1995), Orël y Stolbova (1995), así como las revisiones de Kaye (1996), (1997) o Kogan (2002), este último con bibliografía adicional.

¹² Del griego βάρβαροι o el latín *barbari* ‘que habla una lengua extranjera’, a través del árabe norteafricano *barbar* y árabe clásico *barbar*, hasta el castellano *bereber(e)*, con vocal /e/ anapfítica, y portugués *berber* (> inglés *berber*, ruso берберский), Corriente (2003, pág. 261) informa que *beréber* o *berberí* son formas incorrectas y que en su lugar debe emplearse *bereber*. Ya que en origen los árabes denominaron así no sólo a B, sino también a somalíes y nubios, y que el término en sí es por completo peyorativo, muchos B siguen empleando una denominación común derivada de **imazi yen* ‘gentes libres’, plural de **amazi y*, y a su lengua **t-amazi y-t*. Moreno Cabrera (2004, pág. 395) propone la castellanización *tamazi*, “[...] con sufijo -í orientalizante”, que resulta igual de inaceptable que la forma *berberí*, precisamente rechazada por el propio Moreno Cabrera unas pocas líneas antes (pág. 394).

¹³ Del Moral (2002, pág. 97). Lo cierto es que el número de hablantes, dadas las dificultades para elaborar un censo fiable, oscila entre esta cifra (incluso inferiores) y los 25 millones, cfr. Basset (1952). Ouakrim (1995, pág. 15) ofrece un mapa con la distribución actual de los hablantes B.

¹⁴ Cfr. el magnífico, aunque algo anticuado en la extensa bibliografía que recoge, Applegate (1970).

¹⁵ Galand (1990) opina que en efecto las similitudes entre lenguas G y B no son tan obvias si no se aplican de antemano herramientas típicas de la lingüística histórica. En este caso la cercanía geográfica ha hecho arraigar una hermandad lingüística que todavía exige la aclaración de muchos puntos oscuros. Así, Álvarez Delgado (1955,

deben incluirse entre sus más allegados parientes, si es que simple y llanamente no resultan ser en realidad muestras de bereber antiguo.

La clasificación interna B se complica sobremanera al ser prácticamente imposible distinguir en muchas ocasiones dialecto y lengua. En este sentido, VB presenta una clasificación, ciertamente extensa, a partir de los estudios realizados por los especialistas rusos Alexandra Aikhenval'd y Alexander Militarev,¹⁷ los cuales establecen hasta un total de 97 variedades lingüísticas.¹⁸ Esta primera toma de contacto con el concepto de familia B manejado es algo problemático. Las obras de referencia utilizadas por VB basan sus criterios clasificatorios en consideraciones tipológicas y léxicoestadísticas, dos procedimientos que se han confirmado inservibles para la causa histórico-comparativa. En este punto es necesario recordar que hasta la fecha no se ha realizado ninguna reconstrucción sistemática del pB,¹⁹ sin la cual es imposible establecer las diferentes relaciones taxonómicas entre los miembros de una familia concreta, así como considerar comparaciones a mayor escala.²⁰ A modo de reconstrucción provisional, los especialistas utilizan la gramática tuareg,²¹ o *tāggāhart*, de Karl G. Prasse, que contiene multitud de anotaciones históricas.²² El problema, como salta a la vista, es que se trata de una gramática de tuareg moderno, y las limitaciones que conlleva su uso con fines históricos provoca cierta desconfianza, por mucho que se considere a esta lengua como la más arcaica de su grupo. De momento sólo el monumental diccionario comparativo, que no etimológico, de Kamal Naït-Zerrad²³ parece ofrecer las suficientes garantías para desarrollar en un futuro próximo el trabajo diacrónico que no se ha realizado hasta la fecha.

Sea como fuere, a continuación el autor presenta tablas comparativas con los numerales en diversas variedades B. En primer lugar, las lenguas empleadas en las tablas no aparecen

págs. 53-4) ya apuntaba que podía establecerse una serie de rasgos culturales y lingüísticos que aproximaban al G y sus dialectos al E más que a las lenguas B.

¹⁶ Localizados en Libia, datan del siglo II a.C. y su contenido es básicamente de carácter epítáfico. Suelen identificarse tres variedades lingüísticas: numidio oriental o masesilio, numidio occidental y fezzan-tripolitano. El numidio oriental o masesilio (< pB **mazi* y-, cfr. n 12) es el mejor documentado ya que fue empleado como lengua oficial en la antigua Numidia. La escritura líbico-bereber ha pervivido únicamente entre los actuales tuareg. Véase inter alia Chabot (1940-1941), obra de referencia obligada para las escrituras orientales, Galand (1966) para las occidentales, y Springer Bunk (2001), una atractiva, útil y manejable introducción al tema.

¹⁷ Cfr. Aikhenval'd (1987) y Aikhenval'd y Militarev (1991).

¹⁸ Moreno Cabrera (2004, pág. 396) afirma que la familia B tiene 29 lenguas.

¹⁹ El comentario de Ehret (1995, pág. 12) es rotundo: “[...] the kind of extensive reconstruction of proto-Berber lexicon that might help in sorting through alternative possible etymologies is not yet available”.

²⁰ El propio VB es consciente de este problema, a la que alude en otros trabajos con respecto a familias en idéntica situación, p.ej. “[...] a complete comparative historical phonology of Saharan languages has not written so far”, en Blažek (1999, pág. 1).

²¹ De acuerdo con Corriente (2003, pág. 461) ‘tuareg’ proviene del árabe *ṭwāreg* ‘salteadores’, a partir de una raíz *ṭrq* ‘asaltar de noche’, mientras que Prasse (1972, pág. 10) opina que se trata de una falsa etimología construida sobre *targa*, antiguo gentilicio que hace referencia a la ciudad antigua de Fezzan y que se enlaza con el supuesto origen tripolitano de los tuareg. Sin embargo, como bien aclara Corriente, el aspecto formal del término B encaja perfectamente con la estructura morfológica de la palabra árabe en cuestión, no dejando asomo de duda a favor de la hipótesis del gentilicio propuesta por Prasse.

²² Prasse (1972-1973-1974).

²³ Cfr. Naït-Zerrad (1997-2002-), con tres tomos publicados que alcanzan hasta la raíz Gey.

en la clasificación ofrecida líneas atrás²⁴ y en segundo, algunas fuentes son tan precarias que VB se ve obligado a utilizar varios autores para la misma lengua o dialecto, lo cual corrobora el comentario que Lyle Campbell realizó hace algún tiempo con respecto a la calidad del material B: “[...], the quality and quantity of the data available from individual languages (specially Chadic, Cushitic, Omotic, and Berber) is uneven, often of questionable reliability”.²⁵ Como resulta obvio, las implicaciones de esto para la lingüística histórica son enormes: la reconstrucción del pB no puede basarse en unas pocas variedades “normalizadas” sin saber que estatus histórica presentan, y tampoco puede ignorarse el papel de dialectos y variedades, en teoría secundarias, porque estas son, al fin y al cabo, las que configuran el aspecto final del pB.

Un último punto tiene que ver con el *Urheimat* de la lengua pCS, es decir, la patria originaria de los hablantes de esta(s) proto-lengua(s). Algunos autores, como Robert Hetzron,²⁶ la sitúan justamente en el norte de África, es decir, en territorio B, una razón más para considerar relevante la identificación de patrones genéticos en las supuestas semejanzas existentes entre los sistemas numerales involucrados.

2. NUMERALES BEREBERES

En esta sección se discutirá el material B, en especial aquel que se relaciona directa o indirectamente con el semítico. Algunas observaciones generales, no obstante, se antojan por completo necesarias antes de acometer el análisis particular de cada etimología seleccionada. En primer lugar, el autor no utiliza ninguna obra de referencia para sustentar las reconstrucciones semíticas. Por el contrario, su principal fuente parece ser una comunicación personal con Aharon Dolgopolsky. No hay ninguna actitud reprochable en esta decisión. Sin embargo, lo más ideal habría sido recurrir a fuentes más conocidas y recurrentes, incluso si el autor finalmente decide considerarlas secundarias.²⁷ En segundo lugar, y ya con matices puramente lingüísticos, la comparación entre numerales B y S debe sustentarse no sólo en las evidencias fonéticas, sino también en las morfológicas. Este comentario viene a colación porque VB parece olvidar la condición nominal de los numerales S, algo harto reconocido (sobre todo los numerales ‘1’ y ‘2’, mientras que los del ‘3’ al ‘10’ son abstractos o colectivos con el sufijo *-t),²⁸ y el más que probable origen

²⁴ Entre las lenguas meridionales no se cita el taitoq y no se especifica que dialecto del tawllemmet, oriental y occidental, se recoge en el estudio de Alojaly (1980). Entre las situadas más al norte, el tašelhait de Sus (‘Amiln) debe corresponderse al tašelhait de Demsira de la lista, que por cierto se repite dos veces, y el Beni Mzab ni siquiera aparece citado, pese a que el número de lenguas incluidas en este grupo supera las setenta, empleando varios “et cetera”. Con respecto a esta última variedad, muy importante en el panorama lingüístico y étnico de la zona, VB emplea como fuente principal Hanoteau (1860), cuando lo más indicado habría sido consultar los trabajos de Gourliou (1898), Masqueray (1879) o Basset (1893). En líneas generales, no habría estado de más consultar el compendio bibliográfico de Bougchiche (1977), que no por ser antiguo ha dejado de ser eficiente.

²⁵ Campbell (1999, pág. 214).

²⁶ Cfr. Hetzron (1987, pág. 649).

²⁷ Nos referimos, obviamente, a trabajos como los de Moscati *et alii* (1964), Brockleman (1966) o Lipiński (2001). Corriente (1996) habría sido igualmente útil, pese a lo restringido de su estudio.

²⁸ VB sólo estudia los numerales cardinales. En el caso S, los ordinales son por definición extensiones de los cardinales, bien mediante sufijación, bien mediante la adopción de un patrón vocálico distinto, a saber *CāCiC. Existen otras categorías como los distributivos, contruidos con el patrón *CuCuCā, los multiplicativos, formados mediante sufijos, o los fraccionales, véase Lipiński (2001, págs. 300-5) o Moscati *et alii* (1964, págs. 118-20).

verbal de los numerales B, como Prasse propuso hace algún tiempo.²⁹ Este problema, que no es abordado por el autor, podría aproximar posturas y facilitar la labor del lingüista. Por desgracia, nada de esto ocurrirá a lo largo del artículo, contribuyendo a la atmósfera general de especulación y tratamiento superficial. En cuanto a la constante comparación con los numerales árabes, Lipiński ya advierte que “[...] loanwords from Arabic may be deceifful”, a lo que añade “[a] selective approach is thus necessary, without pretending to go back to Proto-Berber numerals”.³⁰ La reconstrucción correcta de modelos pB solucionaría, de hecho, toda la problemática de préstamos, o al menos aclararía la situación y, dado el ingente material disponible, sería más productivo optar por la reconstrucción que no por una comparación selectiva.

2.1. PB **yīw-ān/-āt* (según Prasse) o **iyaw-an/-at* (según Militarev) ‘1’ y G <be(e)n>, de pG **wayn* (¿?),³¹ todas derivadas de un participio de presente con el significado ‘que está solo, que es único’, estarían relacionadas según VB con egipcio *wšy* ‘estar solo’, *wšfw* (masculino) / *wšft* (femenino) ‘uno’, *wwšfw* ‘soledad, privacidad’ y S **w-š-y* > árabe *wa šā* ‘recolectar’, hebreo *yā šāh* ‘juntar, cargar’.³² Si bien el paralelismo morfológico entre E y B resulta en efecto idéntico, la cuestión se complica con la inclusión de cognados S y con la interpretación fonética del conjunto. Para aceptar la relación genética de estos términos sería necesario concretar las razones que motivan la metátesis B,³³ ya que tanto S como E pueden remontarse a una estructura original CS **w-š-y*, pero lo que refleja B es **y-y-w*, siempre y cuando se acepte que S y E **š* corresponden a B **y*. Hasta que esta cuestión no se aclare, la semejanza parece más casual que genética.³⁴

²⁹ Prasse (1974, pág. 406). En concreto, los numerales del 3 al 10 se construirían según el paradigma verbal IV (secuencias vocálicas **CaCāC*, **CaCīC* y **CaCūC*, Ø en el masculino y **-at* en el femenino) conjugado en la tercera persona del tiempo perfecto.

³⁰ Lipiński (2001, pág. 288-9). Esta misma nota de precaución parece ser de hecho la *communis opinio*, cfr. Agudé y Behnstedt (2006, pág. 292): “[n]umerals from four upward are in almost all Berber dialects loans from Arabic”, que facilitan una referencia bibliográfica muy ilustrativa y útil: Durant (1998, págs. 112-3). Aunque Durant (1998) es un tratado eminentemente sobre la lengua tuareg, el tratamiento de la cuestión es esclarecedor y muy académico. Por el contrario, El Aissati (2006), en su artículo sobre préstamos beréberes en árabe, no comenta nada en absoluto sobre los numerales, quizás por considerar este punto obvio (¿?).

³¹ Wölfel (1954, págs. 21-2) reconstruye **ven* a partir de los documentos originales, mientras que **wayn*, reconstrucción a cargo de Militarev y a la que VB presta más atención porque sirve mejor en la comparación externa, no se ajusta a la realidad de los documentos y por lo tanto, no puede ser considerada como válida.

³² Se descarta por incompatibilidad fonética pS **w-š-d* ‘(estar) solo’ > acadio *wēdu*, ugarítico *yhd*, hebreo *yāhīd*, árabe clásico *wahīd*, ge’ez *wāhəd* (Leslau 1987, págs. 609-10).

³³ La metátesis no tiene lugar caprichosamente, sino que lo hace en unos contextos muy determinados: solución de grupos consonánticos complejos, evitar estructuras idénticas y conservar la identidad semántica, etc. En este caso nada de eso parece haber ocurrido.

³⁴ Quede aquí constatado que VB es consciente en todo momento de este tipo de dificultades, ya que en otros lugares y ante irregularidades similares reconoce dichas limitaciones. Por ejemplo, hablando de numerales nubios, el autor comenta que “[t]he hypothetical protoform **gwEr* is compatible with the taman counterpart reconstructible in the form **kwar*, although this phonetic correspondence cannot be supported by other parallels” (1999, pág. 18) o “[t]he eventual change **b* > **w* could be caused by some unspecified combinatorial conditions but without any concret profit it remains only a speculation” (1999, pág. 23). Por lo tanto, el autor debería haber indicado mediante comentarios como los citados que muchas de las reconstrucciones y evoluciones propuestas adolecen de los mismos problemas, o al menos eso ha de pensarse ante la falta de las explicaciones oportunas.

Al margen de la problemática fonética, el postulado de S **w-ʕ-y* como numeral ‘1’ heredado directamente del CS plantea no pocas dudas, algunas cruciales. Es bien sabido que la lengua pS presenta varias etimologías para el numeral en cuestión, a saber **had-* (arameo *ḥad*, árabe clásico *ḥad*, tigrinya *ḥadā*, derivaciones secundarias en árabe *ḥaḥad*, hebreo *ḥeḥād* o *ḥaḥād*, ugarítico *ḥad*), **ʕšt-* (antiguo babilonio *ʕštēn* (m.), ugarítico *ʕšt ʕsr(h)* ‘11’ o mineo *ʕsʕt*) y **tād* (mehri *tāt*, catabanico *tād*, relacionado con arggoba *tad* y amhárico *tāt* ‘dedo’).³⁵ La pregunta obvia es: ¿por qué la raíz supuestamente CS para ‘1’ no se conserva como tal en S, sino que toma otro significado y se reduce a ámbitos marginales, y por el contrario se generan hasta tres nuevas formas adicionales? Otra pregunta, menos acuciante quizás, es por qué VB concede directamente a S **w-ʕ-y* el estatus de numeral original, que no ha conservado siquiera un matiz relacionado con el ámbito numérico, e ignora el origen de las tres raíces que en efecto significan ‘1’.

2.2. PB **sīn* y **hissīn* ‘2’ están emparentados según VB con S **tin-* > ugarítico *tnm* (con mimación), árabe clásico *ḥṭnāni* (con nunación), hebreo *šnayim* (con terminación de dual **-ay*), catabanico *tnw* (< **-w*) o arameo *trēn* (< **tir-y-n*, cambio **n > r*, desinencia de dual y nunación), y egipcio **siny-ū-āy*, que descenderían de pCS **ćin(y)-* ‘2’. La comparación de estas tres formas parece sencilla, sin embargo todavía resulta complicado aceptar la reconstrucción final, ya que ninguna lengua histórica conserva /č/ y no se explica el origen de la vocal larga en B. La situación no mejora con el añadido de čádico occidental **žanV* ‘gemelo’ > angas y ankwe *žan*, y cušita meridional **ḥday* ‘id.’ > iraqw *dangi*, cuyo aspecto fonético las alejan todavía más del prototipo CS.

Lo más llamativo de esta etimología es que VB ignora deliberadamente el elemento inicial **hi-*, documentado también en **hissāh* ‘7’ y **hittām* ‘8’ (cfr. infra), obviando así uno de los puntos más interesantes de la etimología de los numerales B. En los tres casos hay evidencias más que sólidas de la existencia de parejas supletivas **sīn*, **tām* y **sāh*, lo cual implica obviamente que la adición de este elemento **hi-* supone la geminación automática de la consonante siguiente, es decir, **hi-* + **sīn* > **hissīn*, con paso de **s > *-ss-*. La existencia de estas parejas queda limitada al ámbito B meridional y occidental. En el grupo meridional el empleo de una u otra se da de forma simultánea, pudiendo relacionar los numerales **hi* con el género masculino y los sin **hi* al femenino, mientras que en el grupo occidental parece que se ha optado por escoger la forma con **hi* para ‘7’ y ‘8’, y sin **hi* para ‘2’,³⁶ aplicando después la distinción de género sobre éstas. Dadas las características de este fenómeno, así como su distribución y funcionalidad, y trayendo a colación el origen verbal de los numerales B, a continuación se propone una tabla cronológica que daría buena cuenta de la problemática planteada:

³⁵ Lipiński (2001, pág. 292) menciona tigre *woro-*, que en efecto parece estar relacionado con cušita meridional *wole*, *wolu* ‘alguien’, somalí *weli* ‘de nuevo’, gafat *wilā* ‘otro’ o argobba *wole* ‘otra vez’, estos dos últimos préstamos, en lo que parece ser un término viajero donde se registra el cambio /t/ > /l/ o /l/ > /t/. La dirección del mismo, obviamente, es imposible de concretar, ya que se desconoce cuál es la lengua donante y cuál la receptora.

³⁶ La razón podría ser icónica, es decir, ‘2’ como numeral inferior exige menos caracterización formal que ‘7’ y ‘8’, que optan por tomar las formas con **hi* para caracterizarse mejor (cuanto más alto es el número, más representación formal necesita).

- Primero. Los numerales se forman de acuerdo con una estructura verbal concreta, correspondiente al paradigma verbal IV (cfr. nota 29).
- Segundo. Una vez ha comenzado el período de dialectalización, en B meridional y occidental los numerales monosílabos **sīn*, **tām* y **sāh* añaden un elemento inicial para ajustarse a las estructuras verbales **CVCVC*. La vocal del elemento resultante **hi* puede tener su origen en un proceso analógico con **yīw-ān/-āt* ‘1’ y las estructuras participiales.
- Tercero. Una vez introducida la distinción de género, hecho que ha de ocurrir inmediatamente después de la inserción de este elemento **hi* –otro modo no podría explicarse el período de convivencia de ambos– las lenguas meridionales morfologizan estos pares asignando un género particular a cada uno, mientras que las occidentales optan por elegir uno de las dos (en la inmensa mayoría de los casos se opta por las formas con **hi*), poniendo punto y final al proceso de sustitución que comenzó en época prehistórica.

Pese a la aparente complejidad del asunto, este tipo de descripciones resultan mucho más útiles que la búsqueda de etimologías internas a partir de lenguas que ni siquiera se sabe si están emparentadas entre sí.

2.3. PB **hakkūz* ‘4’ derivaría según VB de ‘dedo’, p.ej. B djebel nefusa *tukod*, donde el fonema final /d/ suele alternar con /z/, tal y como Prasse demuestra al citar dobles del tipo taggahart *tâdʔft / tâzʔft*.³⁷ La etimología con B zayan *akezziz* ‘une pignée de, un peu de’, donde ‘4’ vendría de ‘un poquito’, es excesivamente ingenua, ya que por ‘poquito’ pueden entenderse muchas cifras. El elemento **ha-*, que VB siempre menciona entre paréntesis (a pesar de que Prasse no lo hace), está documentado en todas las lenguas, a excepción de las variantes tašelhait, p.ej. tašelhait de Aspinion *kkuz*, *kkust*, tašelhait de Semlal *qquz*, *qqust* o tašelhait de Sus *kōs*. Aparentemente VB ha considerado que este elemento inicial **ha-* debe tener alguna conexión con el elemento **hi* estudiado en la sección anterior, sin duda a partir de lo documentado en B del norte, p.ej. tašelhait de Aspinion *kkuz* y *kkust* o beni mzabi *okkoz* y *okkoz* < pB **hakkūz*, mientras que tašelhait de Sus *kōs* < pB **kūz*. Sin embargo, son varias las circunstancias que abogan por la condición original de este elemento **ha*, es decir, como parte de la raíz, ya que si se acepta la existencia de una alternancia **ha ~ Ø*, debería asumirse que sólo se aplica al número ‘4’ y que se conserva únicamente en B del norte (recuérdese que **hi* es, en nuestra hipótesis, una extensión analógica y dialectal posterior que no afecta al B del norte, por lo que el concepto de alternancia no existe en el pB más arcaico, cfr. supra). Esto exige una explicación más coherente y ajustada a las evidencias materiales, que apoyan un cambio fonético según el cual en algunos dialectos del norte se opta por regularizar el inicio en consonante de los numerales, eliminando la vocal que evolucionaría de **ha*, y reteniendo en algunos casos la geminación original, en el caso de que no la pierdan por analogía. Por lo tanto, el hecho de ignorar la presencia de **ha* implica rechazar de plano cualquier comparación externa, ya que se segmenta el término a gusto del lingüista, y no como los métodos lingüísticos exigen. Por otro lado, VB llama la atención (en el cuadro comparativo mediante un signo de exclamación, no en el texto) de B ghat *sekkuz*, cuya /s/ inicial es sin duda fruto de una

³⁷ Prasse (1972, pág. 111)

aliteración, cfr. *sommus* ‘5’, *sadis* ‘6’, *sa* ‘7’. Otros autores, como Lipiński, relacionan pB **hakkūz* ‘4’ con hebreo y arameo *qumš-* ‘puñado’ y árabe *qamaza* ‘coger con la punta de los dedos’.³⁸ De nuevo, a no ser que se establezcan patrones derivativos más convincentes (¿qué ocurre con el fonema */m/ en pB? ¿cuál es la silbante original? ¿qué ocurre con el elemento pB **ha-*?), la propuesta no pasa de ser especulativa.

Las comparaciones externas con algunas lenguas nilo-saharianas (erenga *kús* o *kuz*, nyima *kudu*, sungor *kús*) deben ser entendidas en un contexto anecdótico. Idéntico comentario merece čádico occidental **kučV* ‘9’, puesto que se supone que en ngizim *kúdkúvda* ‘9’ es posible reconocer el elemento *vàad* ‘5’ y que por lo tanto **kúđ* debe significar ‘4’. No obstante, ese análisis es muy arriesgado, en primer lugar porque *vàad* y *kúvda* no parecen ni mucho menos compatibles, y en segundo por que si el ngizim ha conservado un término como **kúđ* ‘4’ debería haberlo hecho también en otros contextos, por ejemplo en compuestos o en algún término social.

2.4. PB **sammūs* ‘5’ es comparado con S **hamiš(-at)* ‘id.’ y para explicar la diferencia de fonemas entre pB **s* y pS **h* VB recurre a la tan traída aliteración,³⁹ ya que en pB los numerales ‘6’ y ‘7’ comienzan por **s*. Puesto que el autor es receloso de esta “irregularidad”, afirma que “[t]his irregularity could indicate rather a borrowing than a genetic unity”.⁴⁰ En cualquier caso, restaría por explicar la *-m-* geminada en pB, que bajo ningún concepto se asemeja a la productiva geminación del ge^cez documentada en la forma *ḥəmmus* ‘cinco dobles’, obviamente de *ḥamus* ‘cinco días’,⁴¹ claro ejemplo de similitud accidental, y la segunda **s* de pB frente a S **š*, por no mencionar el vocalismo. No todo lo que es irregular tiene porque ser resultado de un préstamo y el hecho de que las formas involucradas se parezcan no implica ni mucho menos que debe aceptarse esa opción, p.ej. griego clásico θεός ‘dios’ y náhuatl clásico *teō-tl* ‘id.’ no tienen en absoluto nada que ver, y el hecho de que no estén genéticamente emparentadas no significa que el náhuatl haya prestado al griego o que el griego haya prestado al náhuatl clásico.

En cuanto a la etimología interna del numeral, VB opina que está relacionado con pB **hammās* ‘centro, medio’, a través de una construcción **yis-hammās* [*ən-īfahāsan*] ‘hacia la mitad de las dos manos’, en analogía con algunas lenguas papúes, donde ‘5’ se expresa como ‘la mitad de las manos’, p.ej. kinalakna *holi nembat* ‘5’, literalmente ‘mano mitad’ o nabak *bet nambet deland* ‘5’, literalmente ‘mano mitad acabada’, es decir, que cinco se alcanza al terminar de contar con los dedos de una mano.⁴² Se trata quizás de la propuesta más aceptable del trabajo de VB, aunque no está exenta de problemas, porque todavía hay que explicar el vocalismo del numeral en contraposición con el de **hammās* ‘centro, medio’. Las comparaciones externas con términos čádicos del tipo gisiga *dlom*, yedina *sinjí* o kuseri *sasi* no pueden valorarse hasta que no se describa la fonología histórica de estos posibles cognados que, a primera vista, resultan por completo inviables en su relación con la forma B.

³⁸ Lipiński (2001, pág. 295).

³⁹ La aliteración es un proceso analógico, ciertamente extendido, que consiste en copiar el fonema inicial más repetido registrado en una secuencia.

⁴⁰ Blažek (1999, pág. 65).

⁴¹ Para el tratamiento canónico de la geminación en ge^cez, cfr. Dillman (1974, págs. 102-9).

⁴² Cfr. Smith (1988, págs. 81-3).

2.5. PB **saḏīs*, **saddīs* y **sūḏas* o **sūḏus*, todas con el significado de ‘6’ se relacionan con S **šidš-* o **šidt-* ‘id.’ > hebreo (m.) *šiššā*, arameo *šit*, árabe *sitta*, ge^oez *sədəstu*, antiguo babilonio *šiššet*. En primer lugar, VB etimologiza estas dos variantes S como **šid-šid-* ‘6’, literalmente ‘3+3’, o **šid-tin* ‘6’, literalmente ‘3x2’. Un problema insalvable es la nula existencia en la literatura especializada de S **šidš-*, siendo **šidt-* la reconstrucción unánime.⁴³ Formas como ugarítico *tt(t)* derivan en primer lugar de una asimilación *tt < *dt* y después de otra asimilación, esta vez con **št > tt*, es decir, pS **šdt > *štt > tt(t)*.⁴⁴ Solucionado el problema, la primera de las etimología internas propuestas por VB debe ser rechazada, ya que la variante que postula no es más que el resultado de varios procesos fonéticos documentados ampliamente en otras lenguas S. La segunda etimología interna, por su parte, es muy especulativa y se sustenta únicamente en la secuencia ugarítica *ttt w ttt* ‘6’, literalmente ‘3+3’. En lo que respecta a la comparación entre B y S, la forma **saddīs*, que afecta únicamente al B septentrional (dialectos tašelhait, tamaziyt o beni mزاب), podría estar influenciada por la forma S, siendo **-dd-* el resultado de una asimilación progresiva del original S **-dt-*, tal y como ocurre en hausa *šidda*. En el resto de casos, las formas B y S son irreconciliables.

A propósito de la forma pB **saddīs*, VB comenta, en otro trabajo dedicado a los numerales egipcios,⁴⁵ que la geminación registrada en pB **hakkūz* ‘4’, **sammūs* ‘5’, **hissāh* ‘7’, etc. debe hacerse extensible a la forma correspondiente del ‘7’. Este comentario refleja en parte cómo el autor aplica el método comparativo, es decir, de arriba hacia abajo, y no de abajo hacia arriba, como exigen los cánones y el sentido común. Un análisis de las formas documentadas demuestra que la geminación se reconstruye de acuerdo a lo que las lenguas testimonian, p.ej. **hakkūz > tuareg ḡkkoz*, **sammūs > tuareg səmmus*, **hissāh > tuareg əssa*, pero turaeg *səḏīs*. El tuareg se supone es un dialecto bereber que conserva muchos arcaísmos, pero en este caso dicho estatus no parece bastar, y VB prefiere reconstruir un término pB ignorando lo que el tuareg nos dice. Si el numeral ‘7’ no refleja la susodicha geminación y, como ya se ha dicho, las pocas lenguas que la exhiben lo hacen por presión S, esto significa que la protolengua no puede tener, en este caso concreto, geminación.

2.6. PB **sāh* y **hissāh* ‘7’ se relaciona con S **sabʕ-(at-)* ‘7’, una vez que VB se deshace del elemento **(hi-)*, tal y como hiciera con **(ha-)* en el caso del numeral ‘4’. Para ajustar y definir el aspecto de la forma original de la cual descenderían B y S, VB desacredita en primer lugar la labor de Rössler,⁴⁶ que postulaba un cambio **-sb- > *-ss-* partiendo de una forma S **asbaʕu*, para proponer a continuación una nueva correspondencia CS **b* y **ʕ > pB Ø*.⁴⁷ Puesto que no se aclara en ningún momento los

⁴³ Cfr. Corriente (1986, págs. 48-9), Lipiński (2001, pág. 290) o la tabla de Dolgopolsky que el propio VB cita (1999, pág. 61).

⁴⁴ Esta solución es propuesta ya incluso en Brockelmann (1966, págs. 170-1, 178-9 y 486). Cfr. más recientemente Lipiński (2001, pág. 295).

⁴⁵ Blažek (1999, pág. 42).

⁴⁶ Rössler (1952, pág. 142)

⁴⁷ El ejemplo que sostiene CS **b > B Ø* es pB **huluh / *wilih* ‘corazón’ > tawllmidden *ul*, əwəl, siwa *uli*, zenaga *uʕ*, ellun, que para relacionar con semítico **libb-* / **libw-*, E *ib*, cušita oriental **lubb* (Rössler 1952, págs. 134-5) propone la siguiente cronología de estadios evolutivos: **ulh < *luh < *lub < *lubbu*. No sólo este cuadro constituye un claro *petitio principii*, sino que el resultado no es pB **huluh / *wilih*, donde otros problemas como la

contextos en los que estos cambios fonéticos actúan, las posibilidades de que S **sabʕ-* se corresponda con B son inmensas. Después el autor añade E **safh-*, pero las correspondencias habituales estipulan que CS **ʕ* y **h* se conservan intactas en esta lengua. Para solventar el contratiempo, VB recurre nuevamente a la aliteración: **sabʕ* ‘7’ ... **hamVn* ‘8’ > **sabʕ* ... **hamVn*, para después producirse un cambio fonético **-bh-* > *-fh-*, llegando así a la forma histórica E. En esta ocasión, el autor considera que la aliteración no actúa como de costumbre, es decir, modificando el fonema inicial, sino que es el sonido final de ‘7’ el que sucumbe ante la presión del inicial de ‘8’. Aunque se trata de una idea aceptable, la hipótesis es excesivamente endeble, en tanto en cuanto que no existe ninguna evidencia adicional que confirme este cambio.

La comparación externa involucra a gwendele y hurzo *cibà* ‘7’ (rama éadica), pero no se especifica cómo evolucionan desde etapa CS. Por otro lado, con somalí *saʕab* ‘palma de la mano’ < **sabʕ-*, igual que *gaʕan* ‘mano’ < **ganʕ-*,⁴⁸ árabe *sabābat* ‘dedo índice’⁴⁹ o *sabaʕa* ‘coger en la mano’ y el testimonio tipológico-semántico de, entre otras, la lengua zulú, donde *isikhombisa* significa ‘7’ y ‘dedo índice’, VB pretende solucionar la etimología interna S y B, haciendo derivar los numerales en cuestión de un término que en origen aludiría al dedo índice o al hecho facultativo de señalar, como en malayo *tuduh* ‘7’, que proviene de protoaustronesio **tuZuq* ‘dedo índice’ < ‘señalar’.⁵⁰ Si bien es cierto que la relación léxica es innegable, VB no proporciona de nuevo una explicación para la evolución formal, es decir, ¿qué relación guardan exactamente árabe *sabābat* y *sabaʕa*? ¿es posible hablar de arcaísmo en somalí o más bien de préstamo?

2.7. PB **tām* y **hittām* ‘8’ está relacionado obviamente con G <amatti> (lista de Recco, cfr. infra) pero su etimología tanto interna como externa está lejos de conocerse. VB rechaza la comparación con S **tamānay(-at)* ‘8’ por incompatibilidad fonética y busca otras posibles soluciones. Puesto que en la comparación externa no encuentra nada convincente, el autor se centra en la etimología interna. En primer lugar recuerda que pB **karād* ‘3’ no tiene parangón entre las lenguas CS y que quizás G <amiat> es la forma original. El siguiente paso es observar el comportamiento de los circunfijos nominales con valor aumentativo **tā...āh*, reconstruidos por Vycihl⁵¹ a partir de cambios del tipo *šilah abrid* ‘camino, vía’ > *t(a)-abrid-a* ‘camino especialmente ancho para caravanas’. Por último, la combinación del numeral G y del circunfijo aumentativo genera una forma hipotética **tā-amiat-āh*, que se ajusta (siempre de acuerdo con VB) a la forma reconstruida **tām*. Sin embargo, el razonamiento no sigue una línea lógica, ya que para un numeral ‘8’ podría esperarse ‘por encima de 7’, es decir, que la base fuera el numeral siete, pero no ‘por encima de 3’, porque eso implica que **tā-amiat-āh* podría ser cualquier número por encima de tres.

2.8. PB **tūzah* o **tizāh* ‘9’ deriva, de acuerdo con VB, del numeral **(ha-)kkūz* ‘4’ y los circunfijos aumentativos **tā...āh* descritos en el apartado anterior, de modo que resulta una

alternancia consonántica inicial o la armonía vocálica existente entre ambas formas son relegados a un segundo plano.

⁴⁸ Puesto que el autor no especifica en ningún momento a que protolengua pertenecen estas formas reconstruidas, ha de entenderse que protocuśita (¿oriental?).

⁴⁹ Steingass (1988, págs. 476-7).

⁵⁰ Cfr. Dahl (1981, pág. 50).

⁵¹ Vycihl (1961, pág. 253).

construcción **tī-kūz-āh* que desembocaría en las formas B documentadas. El único inconveniente que puede señalarse es el vocalismo radical. VB opina que **tī* es el plural de **tā*, pero sin sustentar esa afirmación la propuesta cae por su propio peso. En las comparaciones externas el autor sólo menciona S **tišʕ-(at-)u(m)* ‘9’, pero en otro lugar valora incluso E **pisīd-* ‘9’.⁵² Ahí mismo, y no en su trabajo sobre numerales B y G, puede leerse que la falta de cognado en G determina que la forma pB debe ser un préstamo del S, algo imposible dadas las características fonéticas de las formas tratadas y la ausencia de un escenario viable para que el préstamo tuviese lugar.⁵³

2.9. Según VB, la formación de las decenas se hace mediante los circunfijos **tā...āh*, p.ej. zenaga *tukarḍa* < **tV-karḍ-āh* ‘súper tres’. Aunque en este ejemplo la vocal radical /u/ no coincide con la original */a/, ésta puede observarse en *tešinde* (Battel) / *taššəndəh* (Nicolas) ‘20’. Sin embargo, VB no parece ser muy consecuente con su propia propuesta. En el caso de ‘20’ se debería explicar porqué aparece una /-d-/, cuando se supone que el prototipo original **ta-šənn^h-āh* ‘súper dos’, no la contiene. La respuesta parece bien sencilla: del mismo modo que en **t(a)-karḍ-āh*, la segunda */a/ de **karāḍ* ha caído seguramente como consecuencia de una síncope, en el caso de **ta-šənn^h-āh* ocurriría lo mismo, es decir, **ta-šənn^h-āh* y, tras una disimilación de las nasales, la forma original *taššəndəh*, donde la geminación de /-š-/ está pendiente de ser explicada. En este punto el razonamiento de VB merece un instante de reflexión. Si el autor ha empleado la teoría de los circunflejos para explicar la etimología de las decenas, ¿cómo es posible entender ahora el origen etimológico de pB ‘8’ y ‘9’? De acuerdo con lo expuesto en este apartado, en el caso de esos numerales se debería haber obtenido ‘30’ y ‘40’, no ‘8’ y ‘9’ como postuló el autor.

2.10. Aunque no se trata en el cuerpo del artículo, sino en las conclusiones, VB opina que pB **tē-mihḍay* ‘100’, plural **tī-muhāḍ* > tuareg *temed*, *timad*, zenaga *timadi*, *temadan*, djebel nefusa *temiḍi* es un préstamo del S. Puesto que la forma pB se reconstruye a partir de las evidencias recogidas en todas las ramas B, es necesario regresar a los tiempos prehistóricos para aceptar la viabilidad del préstamo. La forma pS para expresar el numeral ‘100’, según VB, es **mi ʔāt-u(m)*, que en efecto parece ajustarse a la forma B.⁵⁴ En cuanto a B beni mzab *twinst*, plural *twinas* ‘100’, el autor ofrece una más que interesante hipótesis al relacionarlo con **tā-wiynist*, plural **tī-wuynās* o **tā-wihnist*, plural **tī-wihnās*, todas con el significado de ‘anillo, círculo’ (cfr. tuareg *tāwīnəst*, plural *tiwīnās*), en analogía con egipcio *š(n)t* ‘100’ < *šnj* ‘ser redondo’.⁵⁵

⁵² Como el propio autor apunta, es necesario suponer una secuencia evolutiva **tsʕ > *tsɣ > *tsg > *tsd > psd* para conciliar todas las formas, algo que incluso para VB es demasiado especulativo. Esta situación recuerda a la planteada por Albright (1918, pág. 91), que para conectar S **talaḷ* ‘3’ y egipcio **ḥamt-* ‘id.’ recurría a un cuadro evolutivo como el siguiente: **θlθ (= *tlt) > *šlt > *šnt > ḥnt > ḥmt*.

⁵³ Blažek (1999, pág. 47).

⁵⁴ Lisiński (2001, pág. 300) opina que es posible establecer una correspondencia entre la oclusiva sonora dental enfática tuareg, o lo que es lo mismo, pB **d*, y la oclusiva sorda dental pS **t*, utilizando como ejemplos tuareg *krad* ‘3’, *sḍis* ‘6’ y *tza* ‘9’ (según Prasse *kārad*, *sḍis* y *təzza* respectivamente).

⁵⁵ Cfr. Loprieno (1986, pág. 1309). En primer lugar, el último ejemplo no es válido puesto que no hay enfática en *tza* que los hablantes semíticos deban reinterpretar, y en segundo, las implicaciones de una observación como ésta no dejan de ser superficiales, puesto que todavía es necesario explicar el resto de los fonemas que componen la palabra.

3. NUMERALES GUANCHES⁵⁶

El análisis que VB realiza de los numerales G es aún si cabe más cuestionable que el de los B. En esta ocasión hay antecedentes muy célebres que habrían sido de gran utilidad al autor, ya que la lingüística guanche ha prestado especial cuidado a sus numerales. Igualmente, la consulta de obras no ya sobre el tema en cuestión,⁵⁷ sino de índole general,⁵⁸ habría ahorrado al autor multitud de interpretaciones erróneas, o al menos, ampliar el espectro de posibilidades etimológicas. Un ejemplo ilustrativo de esto puede observarse en el nulo tratamiento que se hace de la secuencia gráfica <-ti>, reflejada en la lista de Recco como <smetti> ‘2’, <amelotti> ‘3’, <acodetti> ‘4’, <simosetti> ‘5’, <sesetti> ‘6’, <satti> ‘7’ o <tamatti> ‘8’.⁵⁹ Un conocimiento elemental de los documentos originales habría sido suficiente para reconocer en estos finales, especialmente en lo que respecta a la vocal /i/, la influencia del navegante genovés que tomó nota de esta serie numérica y que informó, en lengua italiana, a los mercaderes florentinos de Sevilla sobre sus descubrimientos lingüísticos. El final original, que debió ser una única /t/, como se verá a continuación, adquiere una vocal epentética y una geminación oclusiva consecuencia del italiano, lengua que en aquella época estaba sufriendo una serie de cambios y desarrollos fonéticos, sobre todo el dialecto toscano.⁶⁰ Para corroborar la “hipótesis italiana” basta un simple vistazo a las listas “Pseudo-Sedeñas”,⁶¹ recogidas por personas cuyo ámbito lingüístico se aleja del italiano, y donde no hay ni rastro de la susodicha secuencia gráfica.

Al hilo de lo comentado, resulta por completo sorprendente que VB no acometa la labor de reconciliar estas dos listas, fuente indispensable para el estudio de los numerales G, por un lado la compuesta por el ya mencionado Niccoloso de Recco y por otra la hipotética “Pseudo-Sedeña”, tan manifiestamente distintas. De haber llevado a cabo esta labor, el autor podría quizás haber solventado la intrigante cuestión del semitismo G, que hasta la fecha parece resumirse en una influencia acentuada del “Pseudo-Sedeño”,⁶² mientras que la lista de Recco conserva en mejores condiciones su carácter (líbico-)bereber. Ésta es la razón que ha llevado a identificar geográficamente la una con el ámbito tinerfeño (“Pseudo-

⁵⁶ Hasta la fecha, se han barajado dos posibles etimologías del etnónimo ‘guanche’: por un lado la poco probable que hace derivar el término del francés antiguo *guanchir* ‘esquivar’ (siglo XV) o por otro la raíz propiamente guanche *guan-*, presente verbigracia en *guan* ‘hijo’ o *guanac* ‘comunidad’. Por analogía con otras culturas, ‘guanche’ debe significar ‘gente, hombres’, cfr. Trapero y Pombo (1998).

⁵⁷ Álvarez Delgado (1949). Este libro ha de tomarse con igual precaución que el de Blažek por idénticos motivos, si bien su análisis de los números G es todo un ejercicio de filología comparada.

⁵⁸ Obra de excepcional utilidad, dados los objetivos del trabajo de VB, habría sido Ballester (2003).

⁵⁹ En este trabajo se seguirá la convención gráfica, no adoptada por VB, de interpretar como grafías, y no como secuencias fonéticas, las palabras extraídas de la documentación G conservada.

⁶⁰ Álvarez Delgado (1949, págs. 47-9).

⁶¹ “Pseudo-Sedeño” es la denominación con la que, como si de una fuente “Q” bíblica se tratara, se conoce a una hipotética lista de numerales G que el historiador Antonio de Sedeño (Cedeño o Cerdeño) compuso en torno al 1490 y que pasó de mano en mano, siendo copiada por multitud de cronistas, cuyas versiones han llegado hasta nuestros días, no así la de Sedeño. Estas listas “secundarias” son citadas y abreviadas a lo largo del artículo del siguiente modo: Francisco José de Sosa = S, Marqués de Bute = MdB, Berthelot = Bth, Tomás Marín y Cubas = MyC, Chil y Naranjo = Ch y Álvarez Rixo = RX. La principal diferencia con respecto a la lista de Niccoloso de Recco = R, escrita en 1341 y que va del 1 al 19, es que estas contienen los numerales 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 20, 21, 22, 30, 31, 32, 40, 50, 60, 70, 80, 90, 100 y 200, cfr. Álvarez Delgado (1949, págs. 65-84).

⁶² Así se explican los dos claros préstamos del árabe, como son <arba> ‘4’ y <cansa> o MyC <cauza> ‘5’, fruto de las relaciones comerciales establecidas entre las islas y el continente africano.

Sedeño”), principalmente Lanzarote y Fuerteventura,⁶³ y la otra con Gran Canarias (R), disposición ésta que favorecería la llegada de agentes externos modificantes. Esto no implica ni mucho menos que algunos especialistas como Álvarez Delgado acepten la presencia, al menos prolongada, de una oleada semítica o B entre las poblaciones G. Las evidencias lingüísticas no hacen otra cosa que corroborar lo que concluyera en su momento Álvarez Delgado: “[s]erá legítimo dudar de colonizaciones o penetraciones profundas o de vecindades de grandes grupos de semitas, entre los guanches indígenas de Canarias en la noche oscura de nuestra prehistoria”.⁶⁴ Con el análisis del material G empleado por VB se comprobará que las palabras de Álvarez Delgado son de lo más correctas y sinceras.

3.1. La semejanza entre G Recco <nait> y el B zenaga *né-iun* o *iun* (según Basset) / *(əy)yu'n^h*, *nəyu'n^h* (según Nicolas) no es “remarkable”,⁶⁵ sino que refleja una etimología paralela con la particularidad evolutiva apuntada por Prasse,⁶⁶ es decir, la derivación a partir de una estructura genitiva, p.ej. tuareg *wa n-iyän* ‘el que es primero’, literalmente ‘ser del o a partir del uno’, donde *n* es la marca casual de genitivo. Por otro lado, VB recoge el testimonio de Wölfel y menciona los parecidos razonables que mantienen G *ben* y otras lenguas africanas occidentales, como wolof *bene*, *wían*, temne *trofat win* ‘11’, suninke *van*, nupe *wēni*. Dada la legitimidad de semejante comparación, podría sumarse inglés *one* [wʌn] y plantear una expansión del término durante época colonial. Puesto que esta opción es por completo inviable, pese al parecido razonable de los numerales G e inglés, idéntica deducción debe extraerse al comparar formas entre grupos lingüísticos, e históricos cuyo contacto mutuo ha sido nulo, como en el caso de wolof-guanche, suninke-guanche, etc.

Álvarez Delgado plantea por su parte una muy interesante propuesta que explicaría la pérdida de los fonemas oclusivos dentales observados en la lista de Recco (con la nota ya hecha sobre la grafía extra <-ti>), pero no en el resto de formas documentadas.⁶⁷ De acuerdo con el autor, sería un acento intensivo el que provocó la pérdida de /-t/. Así, Sosa escribe *acot*, *sumús*, mientras que Recco *acodetti*, *simúset*, a la par que Álvarez Rixo escribe *sa* o *sat* para el siete, dejando claro que la caída de /-t/ es una realidad incluso en monosílabos. La reconstrucción concreta a la que llega Álvarez Delgado es **benít*, donde la segunda vocal /i/ se toma de *benir marago* ‘11’. De idéntico modo se procedería con **simít* o **smit* ‘2’, esta última dando origen a Recco *smet*. Por lo tanto, es necesario restituir en todos los numerales el sufijo fosilizado de género femenino /-t/.

3.2. En un intento de relacionar G <amiat> o <amiet> ‘3’ con E **hamt-*, VB pretende demostrar que existe una correspondencia entre E *h*, B **ɣ* y G Ø.⁶⁸ Sin embargo, el autor, para demostrar dicha correspondencia, sólo propone comparaciones que involucran elementos B y E, sin mencionar material G, p.ej. B tuareg *ɣur* ‘a, hacia’ frente a E *hr* ‘bei, von, zu’. No obstante, el problema más grave no está limitado al fonema inicial. Dado que

⁶³ Álvarez Delgado (1949, pág. 96).

⁶⁴ Álvarez Delgado (1955, pág. 89). Para la presencia B, cfr. Militarev (1988).

⁶⁵ Blažek, (1999, pág. 62).

⁶⁶ Prasse (1974, pág. 407).

⁶⁷ Álvarez Delgado (1949, págs. 47-9)

⁶⁸ Ajxenal’d y Militarev (1991, págs. 167-8) añaden además que guanche /x/ puede aparecer escrito en las fuentes de otras maneras: <j x ch h g>. Por lo tanto, el índice de probabilidades de encontrar un cognado B de forma casual es altísima.

VB no comenta nada al respecto, ¿ha de suponerse que tuareg /b/ se corresponde sistemáticamente con E /m/, /w/? ¿y B tuareg /n/ y E /l/? Otro escollo en apariencia insalvable es el análisis interno del cognado G. Con toda seguridad *-(a)t* o *-(e)t* en G es, como ya se ha dicho en repetidas ocasiones, un sufijo femenino fosilizado, mientras que en E el fonema /t/ de **hamt-* pertenece sin duda a la raíz y no hay pruebas que demuestren que antaño fuera un elemento con funciones gramaticales tan concretas como las reflejadas en G.⁶⁹

La comparación externa con beja (una lengua cuñita) *maháy* o *emhay* implica aceptar una metátesis por aliteración con *mhaloo-* ‘2’. No obstante, VB cita en una ocasión algo así como protobeja **hamáy* (pág. 74), estadio anterior a las formas documentadas con acento en la última sílaba, mientras que en otro momento el autor usa **hamay*, sin acento (pág. 64). En ambos casos se sigue sin explicar a dónde va a parar la /-t/ final del G. Demasiadas irregularidades y puntos oscuros como para aceptar esta propuesta. Igualmente, los cognados cádicos que potencialmente podrían estar vinculados con el B son mokilko *?á dǒ* ‘3’ y *kádúwé* ‘tercero’, según el autor derivables de protocádico **kard-*. El problema de esta comparación es obvio: una única lengua, de entre algo más de cien, ha conservado el numeral original cádico, mientras que el resto, cuyo numeral ‘3’ desciende unánimemente de **kanu(-di)*, han adoptado uno nuevo. Se trata, como es obvio, de un caso claro de préstamo, donde deben estar involucradas algunas lenguas cádicas centrales, p.ej. *glavda xkǎrda* o *daba mà-kaad*.⁷⁰

3.3. Tras concluir que no pueden relacionarse por incompatibilidad fonética S **šid[u]t-*, E *sjsw* < **sVrsáw* y varias formas cádicas, VB propone que junto a pB **sūdas* / **sūdus* / **saddīs* ‘6’, G R <sesetti> ‘6’ y “Pseudo-Sedeño” <set> ‘8’ son un préstamo del árabe introducido durante un período de expansión del Islam en el norte de África a finales del siglo VII y principios del VIII. En primer lugar, no hay razón alguna para suponer que G ‘8’ deriva de ‘6’. El autor no propone ninguna vía explicativa para comprender un cambio de esta magnitud, mencionando únicamente el parecido con árabe *sitt-at* ‘6’, algo carente de sentido.⁷¹ En segundo lugar, para que el préstamo hubiese podido tener lugar, habría que suponer un periodo de comunidad B-G durante la época propuesta por VB (de otro modo es imposible comprender como el préstamo ha podido afectar a todas las variedades B y G), lo cual es por completo inviable. Ya en ese período la familia B se encontraba altamente dialectalizada, mientras que los G habitaban las islas desde hacía siglos.

3.4. De acuerdo con VB la forma G S, MyC, Ch <sumus> ‘5’, como la B, es un préstamo del S. Además de que esta opción es poco factible por las razones ya expuestas en anteriores apartados, VB considera que no son importantes las diferencias registradas entre lo documentado en R, donde figura <simusetti> y el resto, donde aparece <sumus>. Algunas variantes de esta última hicieron presuponer a Álvarez Delgado la presencia de un acento intensivo, reflejado en la ortografía francesa <sumous> de B y el MdB, donde <-ou-

⁶⁹ La utilización de /t/ como marcador de género femenino es un recurso productivo del E, cfr. Allen (2000, pág. 35).

⁷⁰ El autor considera que los cerca de 500 kilómetros que separan al mokilko de estas dos lenguas es un problema. Sin embargo, los hablantes de castellano no tienen problemas para usar términos prestados directamente del húngaro (*coche*), checo (*robot*) o ruso (*zar*).

⁷¹ Cualquiera podría haber utilizado castellano *siete*, cuya estructura igual a la G, que presenta incluso una correlación del tipo *-ie-* : *-e-* como la que se observa por ejemplo entre G canario *nait* y tinerfeño *ben*.

> sería la escritura plena-tónica de la vocal en cuestión, lo cual explicaría la caída de /-t/ en algunas listas.⁷² Por otro lado, y sin antecedente de propuesta conocido, la vocal radical /i/ de <simusetti> puede ser una influencia del castellano *cinco* [ˈθiŋko], que en aquella época se pronunciaba con seseo [ˈsiŋko], dejando así abierta la posibilidad de que la proto-forma G fuera **sumuset* o **simuset*.⁷³

3.5. Más interesante se presenta R <alda-morana> ‘9’, que acorde a la propuesta de VB, debe estar reflejando una forma original **marava*, y que por descuido de Recco se escribió <n> en vez de <v>, algo que ya propusieron en su momento autores como Berthelot, al que de hecho se le atribuye una de las listas numéricas G. La bibliografía relativa a esta forma es muy abundante, a pesar de lo cual la cuestión todavía no está zanjada. Álvarez Delgado cede toda la responsabilidad a la caligrafía de los siglos XIV a XVIII, advirtiendo que las posibilidades de lectura de **<alda>* podrían ser *arda*, *mada*, *azda*, *ada*, *atza*, etc.⁷⁴

3.6. Con respecto al numero ‘10’, que en R es <maráwa> y en el resto <marago>, VB opina correctamente que está relacionado con pB **marāw(-at)*. Sin embargo, se muestra algo dubitativo a la hora de reconstruir la forma pBG: “Perhaps an easier solution could consist in the modification of the Berber reconstruction in **marāgw* giving **marāw(w)* in most of languages, and **marāg(g)* in Zenaga and Guanche of Tenerife”.⁷⁵ De nuevo el problema radica en que el autor desconoce el tratamiento de las fuentes originales y fuerza el material para poder introducir en la comparación E **m3d.w*.⁷⁶ En primer lugar, Álvarez Delgado establece que tanto la /-a/ de R como la /-o/ del resto de documentos se deben a la influencia del italiano y del español respectivamente, que no toleraban muy bien consonantes en final absoluto. Este dato viene confirmado por la propia reconstrucción B.⁷⁷ Completando el análisis de Álvarez Delgado, el dato más relevante es que la secuencia gráfica /-go/ documentada en todas las listas menos en R, es sin duda el resultado de la evolución /u/ > /g^w/ (donde la vocal /o/ podría estar desempeñando el papel de apéndice

⁷² Álvarez Delgado (1949, pág. 80).

⁷³ Penny (1993, pág. 18) informa de que en las Islas Canarias los españoles del siglo XV disfrutaban en efecto de la norma sevillana, es decir, del seseo.

⁷⁴ Álvarez Delgado (1949, págs. 50-1). Obviamente, se da por entendido que <morana> es un elemento y <alda> otro. En este sentido, Wölfel (1954, pág. 11) propone que un dialecto B, concretamente el Šawiya, conserva un término *ald(a)* ‘jusque, jusqu’à’, luego <alda-morana> significaría algo así como ‘arriba hacia el 10’, es decir, ‘9’. Por otro lado, los problemas ortográficos ya se han observado con <cansa> ‘5’, que aparece como <cauzago> ‘50’ en MyC, forma que confirma la lectura borrosa de <cauza> ‘5’, pero que junto a Ch <camago> ‘50’ deja bien a las claras los problemas con los que se enfrentaron los copistas a la hora de entender los trazos <ns>, <us> y <m>.

⁷⁵ Blažek (1999, pág. 72).

⁷⁶ La vacilación de 3 es relativamente frecuente de acuerdo con Edel (1955-1964, pág. 58), p.ej. *zb* o *z3b* ‘chacal’, luego VB compara, no falto de razón en un principio, **m3d.w*, postulando CS **ʔ*> B **ʔ*, egipcio *d*. El problema es que por un lado la vacilación de 3 en egipcio siempre parte de su existencia, es decir, el fonema 3 la que hace es alternar desapareciendo, no apareciendo de sopetón. Además, el autor tiene en su contra, como siempre, las fuentes, que no han conservado nada parecido a **m3d.w*. Por otro lado, no se explica de dónde viene pB **r/*.

⁷⁷ Blažek (1999, pág. 81-2).

velar), habitual en el español, p.ej. /ʎeβo/ > /g^webo/ o /ʎeso/ > /g^weso/,⁷⁸ pero no en el italiano. Por lo tanto, la forma original es simplemente pBG **marāw*.⁷⁹

En la comparación externa, VB opta por seleccionar proto-nubio **muri* ‘10’ > taman *mar-tək* ‘11’ (literalmente ‘10x1’), bari *merε geλεη* ‘10’ (literalmente ‘10x1’) o tubu *múro* ‘10’, que realmente no guardan ningún parecido más allá del casual (sería necesario explicar qué ha ocurrido con **w* y sobre todo, dar cuenta del vocalismo, radicalmente opuesto al de la forma B). Incluso la reconstrucción protonubia es cuestionable, ya que la forma canónica es **dimun* ‘10’ > antiguo nubio ΔΙΜΕΔΙ, kenzi *dimin(i)*, dongola *dímin*, nubio *dímé*, haraza *timinah*, mientras que **muri*, en realidad **bure*, está documentado sólo en una rama nubia.⁸⁰

4. CONCLUSIONES

Al trabajo de VB no puede negársele un espíritu curioso e innovador. Asimismo, ha de alabarse al autor su gran capacidad de trabajo, ya que la cantidad de material recogido y analizado es considerable. Sin embargo, las conclusiones alcanzadas y, sobre todo, la metodología empleada adolecen de una condescendencia excesiva. El autor plantea ideas y desarrollos demasiado especulativos, a menudo sin prestar atención ni a los detalles, ni a la visión de conjunto, por lo que en ocasiones el desequilibrio sobrepasa el límite de lo aceptable. Esta actitud, por desgracia, no está a la altura del esfuerzo global realizado por VB y casi todas sus propuestas en cuanto al parentesco genético entre los numerales B y los del resto de lenguas llamadas “afroasiáticas”, por los motivos que se han expuesto a lo largo de este pequeño trabajo, deben ser tomadas con suma precaución.⁸¹

Por todo lo dicho en líneas anteriores, y recurriendo a las conclusiones enumeradas por el propio VB al final de su artículo,⁸² se resume que:

1. El numeral B ‘1’ no tiene “convincing cognates” en E o S. En el caso de ‘2’ las evidencias aportadas son algo más convincentes. No obstante, y como VB apunta en otro trabajo, “[...] the questions *Where? & When?* must be answered”,⁸³
2. los parecidos entre B ‘3’ y ‘4’ y los términos cádicos aludidos parecen ser más fruto de la casualidad que de una herencia genética común;

⁷⁸ Cfr. Navarro Tomás (1996, pág. 64). Esta evolución, por otro lado, es completamente regular en las lenguas B, donde secuencias /ii/ y /uu/ se resuelven [yi] > [gi] y [yu] > [gu] respectivamente, véase Applegate (1970, pág. 592).

⁷⁹ Sobre su pronunciación, ésta puede ser o fricativa [-āv] o (semi)vocal [-āū], cfr. la desinencia de genitivo plural **-ov* en las lenguas eslavas, donde ruso -ов [-ov], pero eslovaco -ov [-ou].

⁸⁰ Cfr. Blažek (1999, págs. 23-4). El autor propone una explicación bastante aceptable al relacionar este **bure* con protonubio **immil* ‘100’, literalmente ‘10x10’, analizable, siempre según VB, como **im-mil* < **il-mil* < **il-mur(-)*. Sólo el último estadio evolutivo se resiste a la permisividad del método, ya que si bien es cierto que **b-* y **m-* constituyen una correspondencia fonética más o menos regular dentro de este grupo lingüístico (cfr. Bechhaus-Gerst 1984, págs. 33, 67), resulta más complicado de aceptar el cambio vocálico **u* > **i*, la caída de la vocal final **e* o el paso de **r* a **l*. Sin ejemplos adicionales que sustenten dichos cambios, la propuesta es *ad hoc*.

⁸¹ VB quizás se ha tomado demasiado en serio la definición que Wölfel (1965, pág. 1, *apud* Galand 1990, pág. 186) daba de etimología: “L’*étymologie* est une science dans laquelle les voyelles ne sont rien, et les consonnes très peu de chose”.

⁸² Blažek (1999, págs. 74-5).

⁸³ Blažek (1999, pág. 52).

3. la forma G R <amiat> o <amiet> no está relacionada en absoluto con los numerales E o beja;
4. para los numerales B que van del '5' al '8' la posibilidad de préstamo está poco fundada y las etimologías internas propuestas son inviables;
5. las etimología interna para B '10' es aceptable;
6. el término B para '100' parece ser, en efecto, un préstamo del S;
7. el supuesto arcaísmo de los numerales pCS '1' y '2' no es tan obvio como VB considera, lo mismo que las relaciones entre B y čádico o entre B y nilo-sahariano.

La vinculación genética de los numerales S y B es hoy por hoy una tarea incompleta. La complejidad de la situación lingüística en África, así como el casi nulo trabajo etimológico realizado en el ámbito bereber limitan ostensiblemente la validez de las comparaciones y tentativas presentadas hasta la fecha. De hecho, los datos disponibles apuntan al préstamo, mecanismo común en situaciones de *Sprachbund*, y no favorecen en absoluto los lazos genéticos las diferentes lenguas del continente, en este caso las "afroasiáticas".

A modo de nota final, debe recordarse que la interpretación etimológica de un sistema tan primordial para el hombre como el numérico se ha visto abocado al fracaso en un porcentaje altísimo de casos, incluso en el del indoeuropeo, donde las disputas acerca del significado de las cifras ha generado una bibliografía muy extensa.⁸⁴ No obstante, a VB corresponde el mérito de ofrecer nuevas líneas de investigación en el ámbito CS, y aunque éstas no aparenten ser las más ideales, sólo buscan dar con el fin último de toda esta cuestión: conocer que letras se esconden tras los números.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AGUADÉ, José y Peter Behnstedt (2006) "Berber". En K. Versteegh, ed. *Encyclopedia of Arabic Language and Linguistics*, vol. 1 A-Ed. Leiden-Boston. Brill, págs. 289-93.
- AJXENVAL'D, Alexandra (1987) *Strukturno-tipologičeskaja klassifikacija berberskix jazykov*. Moskva. Nauka.
- AJXENVAL'D, Alexandra y Alexander Militarev (1991) "Libisko-guančskie jazyki". En *Jazyky Azii i Afriki*. Moskva. Nauka, vol. 4, 2, págs. 148-267.
- ALBRIGHT, William F. (1918) "Notes on Egypto-Semitic Etymology". *The American Journal of Semitic Languages and Literatures* 34, 2, págs. 81-98.
- ALLEN, James P. (2000) *Middle Egyptian. An Introduction to the Language and Culture of Hieroglyphs*. Cambridge. Cambridge University Press.
- ALJALY, Ghoubeïd (1980) *Touareg-Français*. Copenhagen. Akademisk Forlag.
- ÁLVAREZ DELGADO, Juan (1949) *Sistemas de numeración norteafricano*. Madrid. CSIC.
- ÁLVAREZ DELGADO, Juan (1955) "Semitismos en el Guanche de Canarias". *Anuario de Estudios Atlánticos* 1, págs. 53-84.

⁸⁴ Véase un estado de la cuestión en Gvozdanović (1992).

- APPLEGATE, Joseph R. (1970) "The Berber Languages". En Th. A. Sebeok, ed. *Current Trends in Linguistics*, vol. 6. *Linguistics in South West Asia and North Africa*. The Hague-Paris. Mouton, págs. 586-661.
- BAKKER, Peter (2001) "Review of Blažek (1999)". *Anthropological Linguistics* 43, págs. 234-6.
- BALLESTER, Xavier (2003) "Para la fonología de la lengua de los guanches", *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 21, págs. 9-28.
- BASSET, Andre (1952) *La langue berbère*. Oxford. Oxford University Press.
- BASSET, Rene (1893) *Étude sur la Zenatia du Mzab, d'Ouargla, et de 'Oued-Rir'*. Paris. Leroux.
- BECHHAUS-GERST, Marianne (1984) "Sprachliche und historische Rekonstruktionen im Bereich des Nubischen unter besonderer Berücksichtigung des Nilnubisch", *Sprache und Geschichte in Africa* 6, págs. 7-134.
- BLAŽEK, Václav (1999) *Numerals. Comparative-etymological analyses of numeral systems and their implications (Saharan, Nubian, Egyptian, Berber, Kartvelian, Uralic, Altaic and Indo-European languages)*. Brno. Spisy Masarykovy univerzity v Brně (Filozofická fakulta).
- BOUGCHICHE, Lamara (1977) *Langues et littératures berbères des origines à nos jours. Bibliographie internationale et systématique*. Paris. Ibis Press.
- BROCKELMAN, Carl (1966) *Grundriss der vergleichenden Grammatik der semitischen Sprachen*, 2 vols. Hildesheim. Georg Olms.
- BYNON, James, ed. (1984) *Current Progress in Afro-Asiatic Linguistics*. Amsterdam. John Benjamins.
- CAMPBELL, Lyle (1999) "Nostratic and linguistic palaeontology in methodological perspective". En C. Renfrew y D. Nettle, eds. *Nostratic. Examining a Linguistic Macrofamily*. Cambridge. The McDonald Institute For Archaeological Research, págs. 179-230.
- CHABOT, Jean Baptiste (1940-1941) *Recueil des inscriptions libyques*, 3 vols. Paris. Imprimerie Nationale.
- CORRIENTE, Federico (1996) *Introducción a la gramática comparada del semítico meridional*. Madrid. CSIC.
- CORRIENTE, Federico (2003) *Diccionario de Arabismos y voces afines en iberorromance*. Madrid. Gredos.
- DAHL, Otto C. (1981) "Austronesian Numerals". *Nusa* 10, págs. 46-58.
- DE VAAN, Michiel (2000) "Review of Blažek (1999)". *Die Sprache* 39, págs. 239-42.
- DEL MORAL, Rafael (2002) *Lenguas del mundo*. Madrid. Espasa.
- DIAKONOFF, Igor M. (1988) *Afrasian languages*. Moscow. Nauka.
- DIAKONOFF, Igor M. (1992) *Proto-Afrasian and Old Akkadian. A Study in Historical Phonetics*. Princeton. Institute of Semitic Studies.
- DILLMAN, August (1974) *Ethiopic Grammar*. Amsterdam. Philo Press.
- DOLGOPOLSKY, Aron (1999) *From Proto-Semitic to Hebrew. Phonology. Etymological approach in a Hamito-Semitic perspective*. Milano. Centro Studi Camito-Semiti.
- DURANT, Olivier (1998) *Lineamenti di lingua berbera. Varietà tamazight del Marocco centrale*. Roma. Università degli studi 'La Sapienza'.

- EDEL, Elmar (1955-1964) *Altägyptische Grammatik*, 2 vols. Roma. Pontificum Institutum Biblicum.
- EL AISSATI, Abderrahman (2006) "Berber Loanwords". En K. Versteegh, ed. *Encyclopedia of Arabic Language and Linguistics*, vol. 1 A-Ed. Leiden-Boston. Brill, págs. 293-9.
- EHRET, Christopher (1995) *Reconstructing Proto-Afroasiatic (Proto-Afrasian). Vowels, Tone, Consonants, and Vocabulary*. Berkeley. University of California Press.
- GALAND, Lionel (1966) "Inscriptions libyques". En L. Galand et alii, eds. *Inscriptions Antiques du Maroc*. Paris. CNRS, págs. 9-80.
- GALAND, Lionel (1990) "¿Es el beréber la clave para el canario?". *Eres* 1, págs. 185-93.
- GOURLIAU, Ernest (1898) *Grammaire complete de la langue mzabite*. Milano.
- GVOZDANOVIĆ, Jadranka, ed. (1992) *Indo-European Numerals*. Berlin-New York. Mouton de Gruyter.
- HANOTEAU, Adolphe (1860) "Lettre adressée à M. Reinaud par M. Hanoteau", *Journal Asiatique* 16, 5, págs. 264-9.
- HETZRON, Robert (1987) "Afroasiatic languages". En B. Comrie, ed. *The World's Major Languages*. Oxford. Oxford University Press, págs. 647-53.
- KAYE, Alan S. y Peter Daniels (1992) "Comparative Afroasiatic and general genetic linguistics". *Word* 43, 3, págs. 429-58.
- KAYE, Alan S. (1996) "Review of Ehret (1995)". *Canadian Journal of Linguistics* 41, 3, págs. 278-82.
- KAYE, Alan S. (1997) "Review of Orël y Stolbova (1995)" *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 69, 2, págs. 365-7.
- KNOBLOCH, Johann (2000) "Review of Blažek (1999)". *Anthropos* 95, 1, págs. 240-1.
- KOGAN, Leonid (2002) "Addenda et Corrigenda to the *Hamito-Semitic Etymological Dictionary (HSED)* by V. Orel and O. Stolbova (II)". *Journal of Semitic Studies* 47, 2, págs. 183-202.
- KURZOVÁ, Helena (2001) "Review of Blažek (1999)". *Archív Orientální* 69, 3, págs. 551-4.
- LESLAU, Wolf (1987) *Comparative Dictionary of Ge'ez (Classical Ethiopic)*. Wiesbaden. Harrassowitz.
- LIPÍŃSKI, Edward (2001) *Semitic Languages. Outline of a Comparative Grammar*. Leuven. Eisenbrauns.
- LOPRIENO, Antonio (1986) "Zahlwort". En W. Helck y W. Westendorf, eds. *Lexicon der Ägyptologie*. Wiesbaden. Otto Harrassowitz, págs. 1306-1319.
- MANASTER RAMER, Alexis (1993) "Review of Illič-Svityč (1971-1976-1984) *Opyt sravnenija nostratičeskix jazykov*. Moskva. Nauka". *Studies in Language* 17, págs. 205-50.
- MASQUERAY, Emile (1879) "Comparaison d'un vocabulaire des Zenaga avec les vocabulaires correspondants des dialectes Chawia et des Beni Mzab", *Archives des missions scientifiques et littéraires* 3, 5, pp. 473-533.
- MILITAREV, Alexander (1988) "Tamahaq-speaking Tuaregs in the Canary Islands (Linguistic Evidence)". En S. Brauner y E. Wolff, eds. *Progressive Traditions in African and Oriental Studies*. Berlin. Akademie Verlag, págs. 101-7.

- MILITAREV, Alexander (2000) “Chronology of Afrasian (Afroasiatic) and its Daughter Families”. En C. Renfrew, A. McMahon y L. Trask, *Time Depth in Historical Linguistics*, 2 vols. Cambridge. The McDonald Institute For Archaeological Research, págs. 267-307.
- MORENO CABRERA, Juan Carlos (2004) *El universo de las lenguas*. Madrid. Castalia.
- MOSCATI, Sabatino et alii (1964) *An Introduction to the Comparative Grammar of the Semitic Languages*. Wiesbaden. Otto Harrassowitz.
- NAÏT-ZERRAD, Kamal (1997-2002-) *Dictionnaire des racines berbères*, 3 vols. Paris-Louvain. Peeters.
- NAPOLSKIKH, Vladimir V. (2003) “Uralic numerals: is the evolution of numeral system reconstructable?”. *Linguistica uralica* 39, 1, págs. 43-54.
- NAVARRO TOMÁS, Tomás (1996) *Manual de pronunciación española*. Madrid. CSIC.
- ORĚL, Vladimir y Olga Stolbova (1995) *Hamito-Semitic Etymological Dictionary: Materials for a Reconstruction*. Leiden. E.J. Brill.
- OUAKRIM, Omar (1995) *Fonética y fonología del bereber*. Barcelona. Universitat Autònoma de Barcelona.
- PENNY, Ralph (1993) *Gramática histórica del español*. Barcelona. Ariel.
- PRASSE, Karl G. (1972-1973-1974) *Manuel de grammaire touaregue (tāhāggart)*, 3 vols. Copenhagen. University of Copenhagen.
- RÖSSLER, Otto (1952) “Der semitischen Charakter der libyschen Sprache”. *Zeitschrift für Assyriologie und vorderasiatische Archäologie* 16, págs. 121-50.
- SMITH, Geoffrey P. (1988) “Morobe Counting Systems”. En G. P. Smith et alii, eds. *Papers in New Guinea Linguistics*. Canberra. Pacific Linguistics, págs. 75-106.
- SPRINGER BUNK, Renata (2001) *La escritura libico-bereber en Canarias*. Tenerife. CEPESA.
- STEINGASS, Francis J. (1988) *A Learner's Arabic English Dictionary*. Jalandhar City. Gaurav.
- TAKÁCS, Gábor (2001) “Towards Proto-Afro-Asiatic Phonology: Ancient Remnants in South Cushitic, Angas-Sura and North Bauchi”. *Rocznik Orientalistyczny* 54, 2, págs. 61-131.
- TRAPERO, Maximiano y Elena Ll. Pombo (1998) “¿Es guanche la palabra *guanche*? Revisión histórica, filológica y antropológica de un tópico”. *Anuario de Estudios Atlánticos* 44, págs. 99-196.
- TUCKER, Archibald N. y Margaret A. Bryan (1966) *Linguistic Analyses. The Non-Bantu Languages of North-Eastern Africa*. London: Oxford University Press.
- VOIGT, Rainer (1999) “On Semito-hamitic comparison”. En C. Renfrew y D. Nettle, eds. *Nostratic. Examining a Linguistic Macrofamily*. Cambridge. The McDonald Institute For Archaeological Research, págs. 315-25.
- VYICHL, Werner (1961) “Diminutiv und Augmentativ im Berberischen”. *Zeitschrift der Deutschen morgenländischen Gesellschaft* 111, págs. 243-53.
- WÖLFEL, Dominik J. (1954) “Les noms de nombre dans le parler guanche des îles Canariens”. *Hespéris* 42, págs. 1-33.
- WÖLFEL, Dominik J. (1965) *Monumenta linguae Canariae. Die Kanarischen Sprachdenkmäler*. Graz. Akademische Druck.

- ZABORSKI, Andrzej (2004) “West Cushitic. A Genetic Reality”. *Lingua Posnaniensis* 46, págs. 173-86.
- ZABORSKI, Andrzej (2006) “Afro-Asiatic Languages”. En K. Versteegh, ed. *Encyclopedia of Arabic Language and Linguistics*, vol. 1 *A-Ed.* Leiden-Boston. Brill, págs. 35-40.